



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10885

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 18 DE JUNIO DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## EL TRABAJO DE LA ESCUADRA

Somos impacientes como buenos meridionales y nos avenimos mal con la quietud. Por eso desesperamos al ver la escuadra del general Cervera encerrada en la bahía de Santiago de Cuba, forzada á permanecer en la inacción. Mientras realizó su viaje á las Antillas, perdida para todas las miradas y apareciendo á veces como fugaz melioró para ocultarse de nuevo en la soledad de los mares, seguimos con interés, esperando que nos diera una sorpresa burlando el bloqueo de la Habana ó que apareciera en la costa de la nación enemiga para bombardear alguna importante población. La sorpresa vino con la noticia de que Cervera había burlado la persecución del enemigo y melidose con la escuadra en Santiago.

—¡Buen marino!—gritó la opinión pública aplaudiendo á rabiar.

—¡Bueno y hábil navegante!—se oyó decir en el extranjero, elogiando la estrategia admirable del capitán español que en el estrecho y frecuentado mar de las Antillas había burlado la vigilancia de numerosa escuadra que le esperaba con objeto de destruirlo.

Pero se iniciaron los ataques de los americanos á Santiago de Cuba y preguntaron los impacientes:

—¿Por qué no sale la escuadra? Si no ha ido para combatir ¿a qué ha ido allá la escuadra española?

Solo la impaciencia obliga á hacer esas preguntas que nada tienen de justas y mucho menos de prudentes.

La escuadra ha ido á las Anti-

llas á ser factor importante en la cuestión hispano-americana, pero no á que la destruya en un momento la enemiga. ¡Qué más quisiera Sampson que ver salir de Santiago de Cuba los barcos españoles dispuestos al combate! Los diez y siete buques que tiene el enemigo, esperándole, caerían sobre ellos y los hundirían en el mar. Y desde ese momento ya no habría cuidados para el Norte-América; sus buques subirían á Puerto Rico, á Canarias, á las costas de España; los bloqueos se estrecharían y se harían efectivos, cosa que ahora no es posible, con lo cual se haría difícil la entrada de subsistencias con destino á nuestro ejército.

Mientras la escuadra del general Cervera permanece en Santiago de Cuba, encerrada á todo, tienen los americanos que dedicar á vigilarla fuerzas navales numerosas; y como para eso hay que debilitar el bloqueo de la isla, los vapores cargados de víveres lo burlan y penetran en la Habana, en Cienfuegos, en Matanzas. El único puerto que no recibe nada es Santiago de Cuba; pero si por mar nada le llega ya le darán las demás por tierra de lo mucho que les sobra.

La impaciencia es mala consejera y debe desecharse. Seamos prudentes y consideremos las cosas como son.

La escuadra no debe por ahora combatir. Quizá convenga probar fortuna más tarde. En tanto, bien está la escuadra en Santiago, pues mientras la de Sampson se gasta y debilita en un trabajo continuo sin positivo resultado.

## GLORIAS NACIONALES

Episodio de la guerra de la independencia. 18 de Junio de 181e.

Marchando con dirección á la impe-

rial Toledo un convoy francés custodiado por dos regimientos y algunos ginetes, al llegar á sus cercanías cayó sobre los expedicionarios, con toda su partida, el célebre guerrillero de la Mancha D. Ventura Jiménez.

El choque fué rudo y sangriento. Aquellos valientes hijos de España, llenos de su bravura y aprovechando el terror que á los imperiales produjo la sorpresa, cerraron contra ellos al arma blanca, y en muy poco tiempo les hicieron numerosas bajas.

Cuando ya la derrota de los franceses se veía muy cercana, un desgraciado accidente evitó que aquella fuera completa é hizo que los guerrilleros perdieran á su esperto y querido jefe.

A causa de un tremendo sablazo que recibió el caballo que montaba D. Ventura, el noble bguo se desbocó y fué á dar con su ginete en medio de un grupo de imperiales.

La situación del guerrillero era crítica por demás y desesperada; mas él, sin perder su sangre fría y haciendo uso de sus pistolas y su sable, se defendió largo rato de los enemigos que le rodeaban; y si bien logró dar muerte á tres, dió con su cuerpo en tierra herido de dos sablazos y un pistoletazo.

Cuando los franceses se echaban sobre él para rematarlo, presentose el segundo de Jiménez D. Juan Gómez, que habiendo visto el aprieto en que se encontraba su superior acudía en su auxilio, y acometiendo furiosamente á los franceses, mató á tres é hizo huir á los restantes, consiguiendo con ello prolongar algunas horas más la vida del bravo guerrillero, pues eran tan graves las heridas que el desgraciado recibió, que en la noche de aquel mismo día hizo entrega de su alma á Dios.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

## Crónica internacional

De nuestro servicio especial

Doa son las notas más salientes que, respecto á nuestra contienda con los Estados Unidos nos ofrece la prensa extranjera:

Los persistentes consejos á España

para que solicite la paz, y la actitud que parece haber adoptado el gabinete de Berlin, para oponerse á que los yanquis se posesionen de Filipinas.

Ambos tonos, con una unanimidad y unidad de criterios que demuestran son la preocupación de la prensa y de los altos políticos, son muy llevados y traídos, particularmente el primero.

Si no es ilusión la actitud en que se cree colocado al gobierno alemán, de ella, sin ningún género de dudas, es consecuencia lógica la campaña emprendida por los periódicos europeos, en particular por los franceses, rusos, austriacos é ingleses, para convencer á España de lo conveniente que le es hoy la intervención de las potencias.

Claro es que también puede obedecer esa campaña á los prejuicios que al comercio de toda Europa origina la actual guerra; pero, á nuestro juicio, la influencia que, en ella puedan tener los intereses comerciales, á buen seguro es escasísima.

Todos los indicios—la reconcentración de barcos alemanes en la bahía de Manila y los aprestos que á la sordina se hacen en los departamentos navales—revisten de caracteres de veracidad á la versión de lo que Alemania pretende en Filipinas, y por esto natural vemos ese afán de la prensa.

La actitud en que se cree colocado á su gobierno no puede por menos de inspirar desconfianzas y temores á los restantes de Europa.

En primer lugar no saben donde alcanzan sus miras, y segundo, de oponerse á los proyectos de los yanquis, lo más probable es que el conflicto actual se agrande y hasta que la tan temida conflagración europea sobrevenga.

Mientras la lucha solo sea entre España y América, nada temen las grandes potencias, pero si, tomando parte en ella una de estas, sobre todo si lo hace á favor nuestro.

No son los periódicos ingleses los que menos se afanan por llevar á nuestro gobierno al terreno que de ningún modo debe pisar, y por esta razón quien sabe si la campaña emprendida por la prensa tendrá su origen en el mismo Washington, en la propia Casa Blanca, por ser al pueblo yanqui al que lo conviene en la actual situación pactar la paz.

Creemos que nuestro gobierno tendrá

oídos de mercader para lo que dicen los periódicos extranjeros.

Pedir nosotros la intervención sería un acto del que sacarían provecho los yanquis al formular las condiciones del tratado.

Constituiría ese hecho un reconocimiento pleno de nuestra impotencia para luchar con los norteamericanos, y eso nunca, jamás debe hacerse; sería un borrón para nuestra historia y un motivo más de envaleutamiento para los Estados Unidos.

Además de eso, á nosotros no nos conviene firmar hoy la paz. ¿Qué descalabros hemos sufrido? ¿El de Filipinas? pues véase el provecho que de él han sacado los yanquis, á los que sabe Dios que suerte los espera en el archipiélago magallánico, y más si resulta cierto lo que respecto á la actitud de Alemania se dice.

Fuera de lo de Cavite, fracasos y nada más que fracasos es lo que ellos han tenido en la actual guerra

Sus escuadras, sin grandes perjuicios por nuestra parte, se han visto rechazadas en cuantos puntos han atacado, por esta razón, después de dos meses de campaña, no han logrado el principal objetivo de ellos, desembarcar en la isla de Cuba, disponiendo de tan poderosos elementos y siendo estos muchísimo más superiores que los nuestros.

Téngase presente que todo el mundo ha reconocido que el mejor auxiliar de España sería el tiempo, pues dejémosle correr; dejemos que nuestro enemigos sufran fracasos; que se convengan de que no es lo mismo vociferar en el Parlamento y en los meetings que pelear en Cuba, y que el potentado y el que vive del comercio vean en la actual guerra, no una lucha de dos días como los jingoes les predijeron, sino una lucha larga, costosa en hombres y dinero, y cuyo objetivo y término serán muy distintos á los que se hizo creer.

La Historia nos ofrece ejemplos de lo que no es tan difícil ocurrir hoy, dado el aspecto que ofrece la guerra en el mar de las Antillas, y por tales motivos, esperemos y tengamos confianza en nosotros mismos; tengamos sobre todo entereza, que esto, tanto como los descalabros suyos, influirá en el ánimo del pueblo norteamericano

No se han registrado hechos que con-

samente el noble sargento era portador de una orden para que se les franquease el palacio del duque, cuyo asilo inviolable en aquella época podía ocultarlos por algunos días mientras duraba la tempestad.

Esto así, penetraron en la magnosa y antigua mansión que aún todavía existe, antes de que arañeciese, y con este motivo se hicieron pública su llegada. Seguros con no haber sido observados, permanecieron tranquilos parte de la mañana, hasta que se presentó Don Fernando Ponzoa que arrastrado por las circunstancias venia á reunirse con su hija.

Agonos de que el comendador viniese tan pronto al punto donde lo habían citado, no dejaron de sobresaltarse. Don Fernando, con su rostro severo y grave, mirada profunda y ademán imponente, abrió la puerta del salón donde estaban los fugitivos y dió algunos pasos como dudando de lo que le pasaba.

Enriqueta dió un grito y fué á arrojarse á los pies de su padre.

—¡Padre mío! perdón; gritó cayendo de rodillas y besando sus manos con fe y entusiasmo. Os he abandonado porque él iba á morir.

Había en aquella voz un timbre tan puro, una en-

tonación tan santa, que el comendador no pudo contener su afecto paternal. Sabía que Santisteban había estado expuesto á perecer por salvar el honor de su hija; recapacitó que el corazón enamorado de ésta acababa de arrostrar una de esas grandes crisis de la vida por llenar una deuda de gratitud, y persuadido tiempo hacia que Enriqueta no hubiera sido buena monja, abrió los brazos y la recibió en ellos, cubriendo su frente de lágrimas.

—Basta, hija mía, basta... has cumplido un sagrado deber. Me has hecho cambiar de opinión con respecto á los hombres y al destino, y vengo á participar de vuestra suerte. Señor conde, hé aqui vuestra esposa, continuó el altivo caballero tomando á su hija de la mano y presentándosela á Santisteban.

Todos quedaron asombrados y llenos de alegría al oír un desenlace tan agradable é inesperado. El conde de Santisteban se precipitó noblemente hacia el comendador, y doblando una rodilla besó una de sus manos diciéndo:

—¡Oh! gracias? ¿con que al fin he de tener la felicidad de daros el dulce nombre de padre?

—Sí, desde este momento. Diferir más vuestra unión sería exponernos á las fatales murmuraciones

de su culpa, sino de su heroísmo, y la otra de la parte que ha podido tener en estas aventuras. Carlos tiene un alma noble, y á pesar de su débil carácter, siente en su corazón esas inclinaciones magnánimas que son el germen fecundo de una raza ilustre y generosa. Carlos perdonará; mucho más, cuando necesita de hombres aditos y leales que eleven su prestigio, y cuando muy pronto tendrá que llamar á todos los valientes á que rodeen su trono.

—Tenéis razón, contestó León Bravo; el conde y vuestra hija marcharán con nosotros á palacio, puesto que somos acreedores á la gratitud real; así que estemos delante de él, escudados con el derecho que nos dá los servicios prestados por su causa; así que miremos frente por frente á esos cortesanos que sólo saben verter el veneno de la envidia en el alma inocente y cándida de Carlos II, creó que conquistaremos nuestro poder y nuestra influencia... ¡Oh! volvámos á Madrid!

Esta exclamación llena de fe y esperanza en un hombre de cálculos tan seguros y exactos como los del capitán, levantó la alegría de todos.

Don Fernando Ponzoa se encargó de arreglar lo necesario para que se celebrase el casamiento al occurrer de aquel dichoso día, en la capilla del pala-